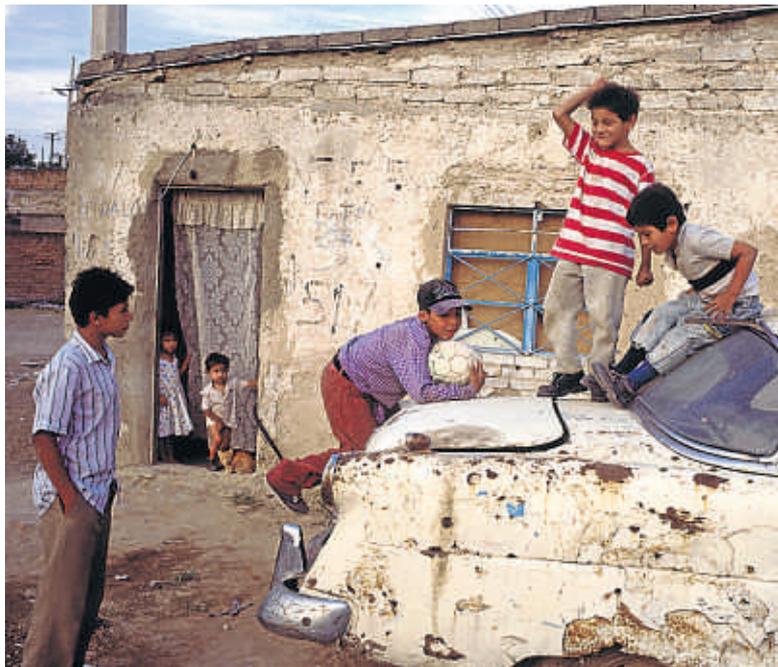


Novela La realidad cotidiana, más poderosa que la imaginación del realismo mágico, destruye la visión folklórica de México para hundirnos en el infierno

El jardín polaco



Niños en Guadalajara, capital de Jalisco

DAVID BUTOW / CORBIS

Juan Pablo Villalobos
Si viviéramos en un lugar normal

ANAGRAMA
192 PÁGINAS
16,90 EUROS

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Si viviéramos en un lugar normal, de Juan Pablo Villalobos (Guadalajara, México, 1973) sugiere, ya desde su mismo título, que la realidad cotidiana se muestra, en México, mucho más poderosa que cualquier otra realidad creada por la imaginación, sea la del surrealismo o la del realismo mágico. Destruye pues nuestra visión folklórica llena de tópicos para sumergirnos en el infierno: “¿Acaso no vivíamos en el país en que vivíamos? ¿No se suponía que nos pasaban cosas fantásticas y maravillosas todo el tiempo? ¿No hablábamos con los muertos? ¿No decía todo el mundo que éramos un país surrea-

Inesperadamente, una familia de polacos construye una mansión en el cerro y ordena desalojar las casuchas

lista? (...) ¿No creíamos que la Virgen de San Juan había curado a miles de personas sin saber nada de medicina?”.

Si en *Fiesta en la madriguera*, la primera novela del autor, el niño Tochtli, hijo de un narcotraficante, vive en una mansión que para él es una madriguera, el niño Oreo de *Si viviéramos en un lugar normal* vive en una casa miserable con sus seis hermanos y sus padres en el cerro de la Chingada de Lagos Moreno, en los Altos de Jalisco. Inesperadamente, una familia de polacos no

sólo construyen allí una magnífica mansión sino que el padre, Jaroslaw, será uno de los responsables de la orden de desalojo y de que derriben las casuchas del cerro para crear un nuevo municipio: El Olimpo. Paradójico nombre, si tenemos en cuenta que el padre de Oreo es profesor de civismo, buen conocedor del sistema de gobierno de las polis de Grecia y admirador de todo lo griego, lo que explica el nombre de sus hijos: Aristóteles, Arquíloco, Calímaco, Electra, Orestes –nuestro Oreo–, y los gemelos de mentira, Cástor y Pólux.

Todo indica que podríamos vivir aquí una tragedia griega (“había demasiados antecedentes griegos en esta historia”), pero se impone la realidad mexicana. Por eso el padre, en su afán por desmitificar el mundo, opina que no vale la pena salir del pueblo. “Para qué se quieren ir –nos decía–, todo es igual”. Al salir de Lagos “el paisaje era el mismo que el cerro de la Chingada, huizaches y más huizaches”. Y lo más posible es que Polonia no exista y que los polacos sean de mentira, como no existen los extraterrestres. Sin embargo, los hijos no son de la misma idea. Los primeros en abandonar la casa son los gemelos de mentira. A partir de ahí se iniciará una búsqueda desesperada, un drama que se añade al de la pobreza –aunque es cierto que, “¿cómo íbamos a enterarnos de que éramos infelices?”–, a la obsesión por las quesadillas de pobre, a los motines y al robo. Un aparatito para calmar los ataques epilépticos reforzará las certezas interplanetarias de Aristóteles y la prueba que los gemelos fueron secuestrados por los extraterrestres. Estamos en 1987, bajo el gobierno de Miguel de la Madrid. En un desconcertante crescendo, los hermanos van regresando a la casa. El espectáculo erótico de la orgía de las vacas histéricas y los toros de vergas inmensas coincide con la espectacular llegada de Aristóteles, el viajero del espacio, el mensajero, una llegada que coincide simbólicamente con la ascensión a la presidencia del gobierno de Carlos Salinas de Gortari y el nefasto salinismo, con el que culminará “el fraude de la normalidad”. Un drama mexicano y una frustrada tragedia griega donde la realidad más brutal se vuelve delirante, como lo es el humor muy cercano al del gran Jorge Ibarguengoitia, sin que por ello Villalobos traicione al Jalisco de Rulfo. |